

## **De ausencias, cuerpos y dolores: la experiencia de la pérdida desde el silencio. Sobre *Todas somos una misma sombra* (2018) de Catalina Infante**

**Valeska Solar O.**  
Universidad de Chile  
valeskaa.solar@gmail.com

*Quizás dentro mío existen demonios que quieren convertirme,  
expandir este cuerpo, volver más gruesa  
una estructura débil destinada a desaparecer*  
Catalina Infante (2018, 88)

*Todas somos una misma sombra*, publicado por Neón Ediciones en junio de este año, es el primer libro de cuentos de la escritora chilena Catalina Infante (1984). Infante nació en Buenos Aires, en el exilio de sus padres, y volvió a Chile en los noventa con el retorno de la democracia. Actualmente es editora en Editorial Catalonia y, junto a su hermana, es dueña de la librería que lleva el mismo nombre. Entre el 2011 y el 2013 colaboró con la antropóloga Sonia Montecino en la escritura de tres libros de relatos de pueblos originarios chilenos. En 2014 publicó la micro novela *La otra ciudad* (Imbunche Ediciones), en 2015 el libro álbum *Dichos Redichos* (Quilombo Ediciones) y en 2016 el libro objeto *Postal Nocturna*, que consistió en un conjunto de postales ilustradas con cien ejemplares. Después de cinco años de trabajo llega *Todas somos una misma sombra*, libro que marca el debut de la autora en solitario y que indaga en historias íntimas y a menudo dolorosas con un estilo de escritura que ella misma ha descrito como *poético*, caracterizado por la fragmentación y el uso de frases cortas con un tono minimalista y simple, pero poblado de imágenes simbólicas y metafóricas.

Como reza en la contratapa, en cada uno de los ocho relatos que componen este libro nos encontramos con mujeres que han vivido

o están viviendo algún tipo de pérdida: de la pareja, del padre, del gato, de la luz del sol o de sí mismas mientras pierden al otro. Así, quienes hablan se van construyendo como voces que surgen -y se afirman en- la ausencia de lo que ya no está para dar cuenta de ese sentimiento de pérdida desde la experiencia del dolor a su manera, sin adornos ni máscaras, en espacios que muchas veces hacen eco de su interioridad. Se trata, pues, de relatos que ponen en primer plano esta experiencia como algo que *afecta* a sus narradoras y protagonistas, individuales o colectivas, un sentir particular expresado a través de lo que sienten y piensan, de manera que más allá de contar una historia donde los acontecimientos se conducen causalmente, *Todas somos una misma sombra* se constituye como un gesto escritural que se aleja de la estructura y los recursos del cuento clásico para sumergir al lector en la experiencia misma del dolor, la soledad, la desesperación, la resignación o la rabia desde la perspectiva de quien lo está sintiendo. Las voces de las mujeres que aparecen en los relatos cuentan lo que pasa por sus cabezas ya sea después de una ruptura amorosa, como en el primer cuento, o tras la extinción de la luz del sol, como ocurre en el último. En lugar de relatar lo que sucedió en las distintas situaciones en las que se encuentran, parecen tomar la decisión de hablar, simplemente, más que explicar o contar por qué pasó lo que pasó; expresar la manera en que están experimentando pérdidas y dolores que son parte de sí mismas.

La intención de hablar desde el dolor sin resquemores es evidente desde el epígrafe, en el cual la autora cita a Pizarnik: “Aun si digo sol y luna y estrella me refiero a cosas que me suceden. ¿Y qué deseaba yo? Deseaba un silencio perfecto. Por eso hablo”. El énfasis en el silencio, en el *no decir* en lugar del *hablar*, en lugar del relato -de las cosas que *sucedan*-, es lo que une a los ocho fragmentos: los acontecimientos se entremezclan con los pensamientos y sensaciones al punto de que pronto pierden importancia, y aquello que se ha perdido deja de ser relevante frente a la sensación de la pérdida misma. En ese sentido, podríamos decir que al abandonar toda pretensión de contar una historia a la manera tradicional, Infante logra que las voces narrativas de estos cuentos se **sitúen** como cuerpos que escogen sentir una ausencia en lugar de nombrarla, y lo hacen de manera tan profunda e intensa que el silencio externo, el callar y no decir, se transforma en

ese ruido ensordecedor que traspasa las páginas del libro y nos lleva a sentirlo también, de manera que lector y narrador(as) seamos un mismo cuerpo -o una misma sombra.

La simbiosis que se produce a ratos entre el lector y las voces narrativas es, en última instancia, un eco de lo que le ocurre a la narradora del cuento "La novela que nunca escribí", tal vez el mejor logrado del conjunto. Ubicado exactamente en la mitad del libro, este relato parece condensar magistralmente la idea del silencio como lugar de enunciación que se transforma, eventualmente, en la experiencia de sentir desde el cuerpo mismo, como si se tratara de un dolor o una ausencia tan intensa que el lenguaje y el cuerpo propios no son suficientes para albergarlos. Así, la narradora escribe sobre las palabras de otro y pronto siente también desde el cuerpo de otro(s), adormecida y despojada de su propia identidad tras la pérdida. Hacia la mitad del relato, su cuerpo inmóvil es invadido por el del protagonista de la mala novela de guerra que estaba escribiendo su ex, sobre la que ella misma escribe ahora. Incapaz de sanar 'esto', como le dice R, la narradora comienza a traspasar los límites de la ficción -dentro de la misma ficción- al mezclar su propio cuerpo con el de los personajes de esa novela, de manera que, al final, ocurre la simbiosis absoluta: "Entro en la selva y veo a tu garzona, camino a través de ella como quien atraviesa el umbral de una puerta. Su pequeño cuerpo frágil queda guardado dentro de mí." (114). Ya no es su cuerpo el invadido, sino que ella se apodera del personaje de la garzona, interés amoroso del protagonista, acaso el mismo ex dentro de su propia novela, como un último intento, quizás, por suplir esa ausencia del otro que la ha llevado a perderse a sí misma.

Esta intensidad de la ausencia que sitúa a la voz narrativa desde el no decir como lugar de enunciación y que se manifiesta en el experimentar el dolor desde el cuerpo mismo cruza la mayoría de los otros relatos. En el primero, por ejemplo, titulado "Una isla", una mujer escapa a una isla que parece ser el olvido mismo, incapaz de quedarse a sentir la pérdida. Escoge, en su lugar, escribir cartas que nunca serán leídas en lugar de hablar acerca de lo que le pasa -porque en realidad no está segura de ello-, y dejarse perder y atravesar por el mar, en un aparente deseo de despojarse de su cuerpo. En "Hermanos", algo íntimo y oscuro parece unir a una pareja de hermanos que se pierden

el uno en el otro ante la desconexión con sus respectivos cónyuges; algo que no son capaces de expresar y que pertenece a otro espacio, una infancia perdida que no se condice con los cuerpos viejos que ya no pueden verbalizar lo que nunca pudieron ni les permitieron decir. Lo contrario ocurre en “Comida china” y “La otra ciudad”, relatos en los que la ausencia se manifiesta de dos maneras opuestas: en el primero una mujer se reconoce a sí misma como absolutamente lejana y ausente para su pareja, y en el segundo una mujer vuelve a una casa en la que él ya no está, pero cuya presencia aún parece rondar el lugar. En ambos, no obstante, la relación amorosa es representada desde la distancia insalvable entre dos personas, y ambas narradoras escogen asumir esa ausencia tácita desde la resignación, ya sea a quedarse en una relación en la que el cuerpo del otro es lo único que parece importar (“...se acuesta junto a él mientras él habla de sí mismo y nunca pregunta”, reza la última frase de “Comida china”), o a traspasar el dolor, vivir la pérdida y empezar de nuevo, en “La otra ciudad”. En “Teníamos tanto miedo al sol”, tal vez el más críptico de todos los relatos, la ausencia no es la de la sombra, en un espacio que satura todo de la luz de un sol que quema mortalmente a los personajes. Aquí el cuerpo es el que experimenta el dolor de manera evidente, un dolor físico que es producto del sol que parece invadirlo todo. Es un sol mortífero, que ilumina a los muertos de los protagonistas, que ilumina lo que no quiere ser revelado, y que en el intento de hacerlo arrasa con todo a su paso.

Ahora bien, a pesar de la evidente experiencia del dolor que traspasa los cuerpos de los personajes de “Teníamos tanto miedo al sol” -miedo que, a su vez, parece ser un temor a la palabra misma-, me parece que es en “Un cuerpo” donde el juego entre el decir y el no decir en la experiencia de la pérdida se manifiesta de forma más explícita en la materialidad corporal. A partir del título, de hecho, nos situamos desde el cuerpo, en este caso *un* cuerpo (el del padre) cuya indeterminación marca la distancia entre éste y la narradora, una de las dos hermanas que no tiene interés alguno en sanar la relación con su padre. Por ello, tal vez, la voz se desdice constantemente, utilizando el recurso del condicional para narrar los acontecimientos, como si no hubieran ocurrido y fueran solo una posibilidad, de manera que se niega a situarse a sí misma en la posición de alguien

que ha perdido a un familiar porque no parece sentir un vínculo real con él. Así, escoge la distancia, el no decir *ni sentir*, y se desentiende de una situación dolorosa con la que en realidad no se identifica, describiendo lo 'objetivo' -el olor de la sala de espera, lo que dijo el médico, las funerarias, etc.- después de haber referido lo emocional -los recuerdos, sensaciones y rencores- en condicional, tomando la opción de plantearlo todo solo como una posibilidad.

Por último, vale la pena destacar el cuento que da nombre al libro: "Todas somos una misma sombra". Si bien se aleja un poco del tono del resto, es interesante la manera en que el cuerpo femenino es representado como un colectivo unido bajo una misma voz. En un contexto post-apocalíptico en el que el sol se ha apagado, las mujeres sucumben a la catástrofe mientras que las mujeres terminan sobreviviendo y cavando la tierra para hundirse en ella y fundirse con el mundo. En este cuento la voz narrativa aparece más débil que, por ejemplo, en "La novela que nunca escribí", donde la relación entre el silencio, la pérdida y la experiencia desde el cuerpo son tratados, a mi parecer, de manera prolija; sin embargo, la elección de la primera persona plural es un riesgo interesante y, a pesar de que no genera un nivel de apelación al lector tan fuerte y conmovedor como ocurre en aquel, nos sitúa en una distancia prudente del cuento que nos permite observar cómo se va desarrollando cuidadosamente una identidad femenina colectiva cuya presencia en la narrativa chilena es de suma importancia en los tiempos actuales. Asimismo, en este cuento es posible observar cómo el cuerpo de la mujer, en contextos de catástrofe y donde la supervivencia es esencial, tiende hacia la imbricación absoluta: mientras los hombres sucumben por separado, las mujeres son cada vez más fuertes juntas, un mismo cuerpo, un mismo sentir. Ante la pérdida del sol, las mujeres escogen buscar otro modo de vida, juntas -y lo encuentran, bajo tierra, transformándose en una con la tierra. Así, tal como ocurre en la actualidad frente a las violaciones sistemáticas a los derechos de la mujer, el cuerpo femenino deja de ser individual para ser uno solo, un colectivo que se une en momentos de pérdida para resurgir con más fuerza en una simbiosis total entre mujer, cuerpo y tierra.

*Todas somos una misma sombra* es un libro que se acerca de forma genuina y cruda al dolor, desde voces de mujeres que no temen sentir

desde sus propios cuerpos y que se sitúan desde el silencio como un lugar de enunciación en el que la experiencia corporal misma adquiere protagonismo total, ya sea desde lo individual o desde lo colectivo. Sus cuentos nos interpelan directamente, llevándonos a preguntarnos, al fin, de qué manera estamos sintiendo lo que nos pasa, cómo reaccionan nuestros cuerpos, qué es lo que elaboramos como ausencia, cómo reaccionamos a la pérdida. Nos hablan desde el silencio, recordándonos que es también el espacio de la palabra, de lo que no queremos decir pero expresamos de todas maneras, porque lo sentimos, porque está ahí, porque aparece cuando revisamos el correo del ex, cuando vivimos algún quiebre, cuando tenemos que empezar de nuevo, cuando perdemos algo o a alguien y no sabemos qué pasó ni qué hacer. Nos recuerdan, en fin, que nuestros cuerpos son uno solo en el dolor, que es esa la experiencia que nos une transversalmente.